

## La democracia: ¿ideología o utopía?<sup>1</sup>

Antonio Campillo  
Departamento de Filosofía  
Universidad de Murcia<sup>2</sup>

**Resumen:** En los últimos treinta años, desde el final de la Guerra Fría hasta hoy, se ha producido un cambio de ciclo en la mayoría de países del mundo: primero hubo un gran avance y después se ha dado un gran retroceso de los regímenes democráticos. Para comprender este fenómeno, conviene tener en cuenta dos principios básicos: no hay un único modelo de democracia y no hay tampoco un proceso histórico que conduzca de manera teleológica e irreversible a su realización definitiva y a su extensión universal. Lo que hay, más bien, es una tensión irresoluble entre los usos ideológicos de la democracia que la consagran como ya realizada para bloquearla y degradarla, y los usos utópicos que la cuestionan como todavía no realizada para transformarla y recrearla.

**Palabras clave:** Democracia, autocracia, ideología, utopía.

### Democracy: ideology or utopia?

**Abstract:** In the last thirty years, from the end of the Cold War until today, there has been a change of cycle in most countries of the world: first there was a great advance and then there has been a great retreat of democratic regimes. To understand this phenomenon, two basic principles should be borne in mind: there is no single model of democracy and there is no historical process leading teleologically and irreversibly to its definitive realization and universal extension. Rather, there is an irresolvable tension between the ideological uses of democracy that consecrate it as already realized in order to block and degrade it, and the utopian uses that question it as not yet realized in order to transform and recreate it.

**Keywords:** Democracy, autocracy, ideology, utopia.

**Sumario:** 1. De un gran avance a un gran retroceso. 2. La democracia «por venir» y su incesante recreación. 3. La democracia como ideología y como utopía. 4. Bibliografía.

---

<sup>1</sup> Ponencia presentada el 26 de octubre de 2023 en una mesa sobre «Democracia», compartida con Dora Elvira García González y José Antonio Pérez Tapias, y moderada por María García Pérez, en el marco del X Congreso de la Sociedad Académica de Filosofía «Democracia, emancipación y sufrimiento social. Propuestas filosóficas para un futuro incierto», celebrado del 25 al 27 de octubre de 2023 en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Granada.

<sup>2</sup> [campillo@um.es](mailto:campillo@um.es) - <https://webs.um.es/campillo>

## **1. De un gran avance a un gran retroceso**

Voy a partir de un breve balance de lo que le ha sucedido a la democracia en las tres últimas décadas, es decir, desde el final de la Guerra Fría en 1991 hasta el presente. Ese balance se puede resumir como el tránsito de un gran avance a un gran retroceso.

Cuando terminó la Guerra Fría, muchas repúblicas ex soviéticas se independizaron y se democratizaron, como las tres repúblicas bálticas. Algo parecido sucedió en los países de Europa del Este, en los que se sucedieron las llamadas «revoluciones de terciopelo». La gran excepción fue la ex Yugoslavia, en la que estalló una terrible guerra de limpieza étnica entre Serbia, Croacia y Bosnia. El fin de la Guerra Fría también facilitó procesos de pacificación y de democratización en varios países del Sur global que habían sufrido guerras civiles o dictaduras militares. En la década de los 90, la democracia, entendida de manera muy genérica como la forma de gobierno basada en la soberanía popular, comenzó a convertirse en el régimen político adoptado, al menos nominalmente, por la mayor parte de países del mundo. Incluso China, a pesar de ser un régimen de partido casi único, comenzó a autodenominarse como una democracia «a la china» porque celebra elecciones periódicas, cuenta con una Asamblea Nacional Popular y ha adoptado una economía de mercado también «a la china». Como dijo el economista indio Amartya Sen (2006), la democracia se había convertido en un «valor universal».

Esto no ha sido siempre así, sino todo lo contrario. Incluso en el Occidente euroatlántico, que según el viejo prejuicio eurocéntrico se precia de ser la cuna de la democracia -un prejuicio cuestionado explícitamente por Sen en la obra ya citada, en la que habla de las antiguas repúblicas urbanas del noroeste de la India, organizadas democráticamente y anteriores a las de Grecia-, lo que ha predominado en los últimos tres milenios han sido sociedades estamentales, con regímenes tiránicos, feudales, monárquicos, imperiales, dictatoriales, en resumen, demofóbicos, con algunas excepciones como las repúblicas urbanas griegas y las de la Baja Edad Media. Hubo que esperar a las primeras revoluciones políticas de la modernidad, tanto en Europa (Holanda, Inglaterra, Francia) como en América (Estados Unidos, Haití y las demás repúblicas latinoamericanas), y a los sucesivos procesos democratizadores del siglo XX (tras la Primera Guerra Mundial y la caída de los imperios continentales europeos -otomano, austrohúngaro y zarista-, tras la Segunda Guerra Mundial y la descolonización de las últimas colonias europeas, y tras la Guerra Fría y la caída del bloque comunista), para que la democracia se convirtiera en el régimen político canónico, adoptado por muchos países del mundo y consagrado por numerosos tratados y organizaciones internacionales (gubernamentales y no gubernamentales), desde la ONU (1945) y la Declaración Universal de los Derechos Humanos (1948) hasta el Tribunal Penal Internacional (1998) y el Foro Social Mundial (2001).

Pero, en las dos últimas décadas, ha tenido lugar un cambio de rumbo. La primera inflexión se produjo tras los atentados de Al Qaeda contra el Pentágono de Washington y las Torres Gemelas de Nueva York, el 11 de septiembre de 2001, y la posterior «guerra global contra el terrorismo» emprendida por Estados Unidos, lo que dio lugar a las guerras de Afganistán e Irak, y a una progresiva «securitización» de las relaciones internacionales y de las políticas interiores de los Estados (Verdes-Montenegro Escánez, 2015). La segunda inflexión fue la crisis económica de 2008, la más grave desde el crack de 1929, que condujo a durísimas políticas de austeridad y a un incremento de la desigualdad, la precariedad y la pobreza, lo que a su vez causó el descrédito de los regímenes democráticos y el auge de los partidos y gobiernos de ultraderecha, con una agenda que ha sido adoptada por las derechas tradicionales y que incluye la bajada de impuestos, el desmontaje del Estado de bienestar, el rechazo a los migrantes y refugiados, la reacción

antifeminista, el negacionismo climático, la censura cultural y educativa, el recorte de las libertades, el uso sistemático de los bulos y las mentiras, la deshumanización de los adversarios y la polarización política extrema. Basta recordar el Brexit del Reino Unido y la proliferación de personajes políticos autocráticos como Trump (Estados Unidos), Bolsonaro (Brasil), Orbán (Hungría), Meloni (Italia), Putin (Rusia), Xi Jinping (China), Modi (India), Milei (Argentina), Netanyahu (Israel), etc. Se han realizado muchos estudios sobre todos estos nuevos fenómenos (Forti, 2021; Applebaum, 2021; Oliván, Regla, Delgado y Jaziri, 2021; Hermansson, Lawrence, Mulhall y Murdoch, 2021; Camus y Lebourg, 2020). En 2017 se publicó un volumen colectivo en el que participaron diecisiete intelectuales europeos (tres de ellos españoles), estadounidenses e indios, en el que se hablaba abiertamente de un «gran retroceso» no sólo de la democracia sino de todos los ideales civilizatorios de la modernidad (VV.AA., 2017). En 2018, yo mismo publiqué un artículo titulado «La crisis de la democracia en la era global» (2018a, 121-145), en el que trataba de analizar las razones de fondo de este gran retroceso político y civilizatorio.

El pasado mes de enero, el prestigioso Instituto Variedades de Democracia (V-Dem Institute), de la Universidad de Gothenburg (Suecia), publicó su informe anual con el título *Desafío frente a la Autocratización* (Papada y Lindberg, 2023). El V-Dem Institute está dedicado al estudio histórico y multidimensional de los regímenes políticos de todo el mundo y de su evolución en el curso del tiempo. Cuenta con la mayor base de datos sobre 202 países, desde 1789 hasta el presente. Con él colaboran casi 4.000 académicos y expertos de numerosos países. Cada año publica un informe sobre el tema. Para realizar estos informes, tiene en cuenta numerosos indicadores de calidad democrática y en función de ellos divide a los países en cuatro categorías: «autocracia cerrada», «autocracia electoral», «democracia electoral» y «democracia liberal».

Pues bien, según su último informe, los avances democráticos que se dieron tras el final de la Guerra Fría «se han esfumado». El 72% de la población mundial, unos 5.700 millones de personas, viven hoy bajo regímenes «autocráticos», una proporción que nos devuelve a los años anteriores a 1986. Hoy hay más gente gobernada por «autocracias cerradas» (un 28%) que por «democracias liberales» (un 13%). Por primera vez desde 1995, el número de países gobernados por «autocracias cerradas» supera al de los que cuentan con «democracias liberales». El número de «democracias liberales» desciende del máximo de 44 (en 2009) a 32 (en 2022). Por el contrario, el número de «autocracias cerradas» ha subido desde un mínimo de 22 (en 2012) a 33 (en 2022). Además, en 2022 había 42 países en proceso de «autocratización», entre ellos democracias como Estados Unidos y Brasil (pese a las victorias por la mínima de Biden y de Lula), pero también Rusia, India, Hungría, Polonia, Grecia, El Salvador, Ghana, etc.

Según el V-Dem Institute, los países con mejores indicadores democráticos son los del norte de Europa (Dinamarca, Suecia y Noruega). Costa Rica se sitúa en el puesto noveno. Y España en el decimosexto. Pero, en nuestro país, tras las elecciones del 28M se han formado gobiernos de (ultra)derecha en seis comunidades autónomas (Aragón, Islas Baleares, Castilla y León, Comunidad Valenciana, Extremadura y Región de Murcia), cuyas primeras medidas suponen un claro retroceso democrático. En las elecciones del 23J, la alianza entre el PP y Vox estuvo a punto de lograr el gobierno del Estado, y a día de hoy (25 de octubre de 2023) todavía no sabemos si se formará un gobierno de coalición de izquierdas (PSOE-Sumar) o si tendremos que ir a unas nuevas elecciones.

Como conclusión de su informe, el V-Dem Institute alerta sobre «la actual ola de autocratización en el mundo» y señala que coincide con el inicio de una nueva Guerra Fría, en la que las «autocracias cerradas» y las «democracias liberales» compiten tanto en

el terreno económico como en el geopolítico, con el fin de controlar los territorios y los recursos naturales del planeta, desde los minerales críticos hasta las tierras de cultivo.

Quiero insistir en este punto. El ciclo de avances y retrocesos de la democracia no afecta sólo a la organización política interna de cada país, sino también al orden político internacional. Tras el fin de la Guerra Fría, parecía que por fin la ONU iba a poder ejercer el liderazgo en la pacificación de las relaciones internacionales y en la organización de conferencias y tratados internacionales para afrontar de manera colaborativa los grandes retos globales, como el cambio climático, la extinción de especies, las desigualdades sociales entre el Norte y el Sur, la igualdad de género, las nuevas tecnologías digitales, etc. De hecho, en la década de los 90 se organizaron muchas conferencias internacionales como la Cumbre de Río de 1992, de la que surgió el Protocolo de Kioto, y se formó también el movimiento altermundialista, que organizó el Foro Social Mundial. En cambio, en los últimos años estamos asistiendo a un nuevo desorden internacional neowestfaliano y a una nueva confrontación geopolítica entre las grandes potencias mundiales, es decir, a una nueva Guerra Fría protagonizada en esta ocasión por Estados Unidos y la cada vez más poderosa China. Eso explica el estallido de nuevas guerras como la de Rusia y Ucrania, y la reactivación de viejas guerras como la de Israel y Palestina. Esto es muy grave, porque coincide con la aceleración del cambio climático y la necesidad de adoptar acuerdos globales para una rápida descarbonización y un decrecimiento de la economía mundial. Está en juego el colapso de la civilización industrial e incluso el porvenir de la especie humana. Sin una pacificación y una democratización de las relaciones internacionales, las probabilidades de un colapso civilizatorio se incrementan de manera exponencial.

## **2. La democracia «por venir» y su incesante recreación**

Para tratar de comprender este ciclo de avances y retrocesos de la democracia en las tres últimas décadas, voy a proponer dos tesis que me parecen fundamentales.

En primer lugar, la democracia es un «ideal regulador» -por utilizar la expresión kantiana- que podríamos definir con la triada de la Revolución francesa («libertad, igualdad, fraternidad»), pero que no se concreta en una sola forma posible de organización institucional, en un único régimen jurídico-político. No hay un modelo definido y definitivo de democracia con respecto al cual podamos valorar y jerarquizar a todas las sociedades y épocas de la historia (a pesar de los esfuerzos clasificatorios de instituciones como el V-Dem Institute), sino que el ideal democrático ha dado lugar a instituciones políticas, procedimientos jurídicos y hábitos sociales muy diversos. Derrida cuestionó el concepto mismo de «ideal regulador», porque la democracia no puede saberse siquiera como «idea», no puede diseñarse por anticipado y ejecutarse de manera planificada, sino que es siempre una «democracia por venir» (Derrida, 2005). Pero ese «por venir» no es un futuro ya sabido de antemano y al que podamos acercarnos paulatinamente, sino que es más bien una constante recreación del pasado, un resurgir de experiencias ya vividas y que se vieron de uno u otro modo truncadas, interrumpidas o degradadas. Es la «tradición oculta» de las sucesivas fundaciones y revoluciones políticas, de la que hablaba Arendt. Como decía su amigo Benjamin, lo que aviva la revolución no es la promesa del paraíso como final feliz de la historia, sino la memoria de la injusticia y del sufrimiento; no consiste en una anticipación del futuro, sino más bien en una reparación del pasado; es un acto de justicia hacia las generaciones de los oprimidos que han muerto luchando por ella.

En segundo lugar, no podemos entender la historia de la humanidad como un proceso único y teleológico a cuya vanguardia se encontraría el Occidente euro-atlántico, y que

nos habría conducido de manera progresiva e irreversible a la democratización de todos los sistemas políticos. Desde los años ochenta del pasado siglo, me he dedicado a cuestionar esta concepción evolutiva y eurocéntrica de la historia, que ha sido la concepción dominante durante toda la época moderna. Tras el final de la Guerra Fría, volvieron a defenderla los ideólogos de la hegemonía estadounidense: basta recordar la tesis del «fin de la historia» de Francis Fukuyama (1992) y la teoría de las sucesivas «olas de democratización» defendida por Samuel P. Huntington (1994) y John Markoff (1998). Frente a este tipo de visiones teleológicas, en las dos últimas décadas he tratado de repensar las transformaciones históricas de los regímenes políticos mediante la dialéctica de «despolitización» y «repolitización» de las diferentes esferas sociales y las diferentes escalas territoriales de interacción social. Esta dialéctica nos permite comprender el «lugar cambiante de la política» -parafraseando la expresión de Karl Polanyi referida a la economía- en la historia de las sociedades humanas (Campillo, 2001, 2008, 2018b y 2023, 135-163 y 165-194).

Ambas tesis -que no hay un único modelo de democracia y que tampoco hay una democratización progresiva e irreversible de todos los sistemas políticos- podemos encontrarlas claramente formuladas por el historiador Charles Tilly en su magnífico libro *Democracia*, publicado en 2007, un año antes de su muerte. Tilly niega que se pueda establecer un único modelo estándar y ahistórico de democracia, con el que evaluar y clasificar a todos los regímenes políticos actualmente existentes (como hace el ya citado V-Dem Institute, pero también la estadounidense Freedom House, que adopta un enfoque más conservador y que en sus informes anuales divide a los países en «libres», «parcialmente libres» y «no libres»). Tilly niega igualmente que haya una evolución histórica que conduzca de manera progresiva a la democratización de todos los sistemas políticos. Frente a estos dos supuestos, defiende la diversidad histórica y geográfica de los regímenes democráticos, y también la reversibilidad imprevisible de los procesos históricos de «democratización» y «desdemocratización». Ya en el prefacio del libro, advierte: «La democratización es un proceso dinámico que siempre permanece incompleto y corre permanentemente el riesgo de inversión, de desdemocratización.» (2010, 29).

### 3. La democracia como ideología y como utopía

Creo que ahora ya estoy en condiciones de abordar la cuestión enunciada en el título de este artículo: «La democracia: ¿ideología o utopía?».

Para ello, me voy a servir de la distinción que el sociólogo alemán Karl Mannheim postuló en su obra de 1929, hace ya casi un siglo: *Ideología y utopía* (1987, 178). Se trata de una distinción muy discutida -véase, por ejemplo, la temprana y lúcida reseña de Hannah Arendt (2005), publicada en 1930-, pero creo que puede sernos útil para comprender los dilemas a los que se enfrenta la democracia en el siglo XXI. Según Mannheim, la «ideología» y la «utopía» son dos formas de trascender simbólicamente una determinada realidad social, que es siempre históricamente contingente y cambiante, pero la «ideología» trasciende esa realidad para idealizarla y perpetuarla como algo inmejorable, mientras que la «utopía» la trasciende para cuestionarla y transformarla. Es decir, la «ideología» tiende a fijar lo que está dado de hecho, a consagrarlo como algo inamovible, mientras que la «utopía» tiende a cuestionarlo, a desestabilizarlo y a transformarlo para crear algo nuevo. Por supuesto, siempre se da una relación compleja y cambiante entre ideología y utopía, de modo que la utopía de ayer puede convertirse en la ideología de hoy, y viceversa.

En realidad, esta tensión entre ideología y utopía es inherente a todo discurso normativo que pretenda regular la convivencia humana. La democracia, como ya he dicho, es un ideal ético-político que está siempre «por venir», pero se concreta históricamente en diferentes regímenes jurídico-políticos regulados por determinadas leyes y costumbres. Ahora bien, las leyes son fórmulas lingüísticas que tienen un estatuto performativo paradójico. Toda ley dice al mismo tiempo lo que «es» y lo que «debe ser». Por ejemplo, el artículo 14 de la Constitución española dice así: «Los españoles son iguales ante la ley, sin que pueda prevalecer discriminación alguna por razón de nacimiento, raza, sexo, religión, opinión o cualquier otra condición o circunstancia personal o social.» Este enunciado en presente de indicativo dice literalmente lo que los españoles «son», como si su igualdad ante la ley fuera un *hecho* ya dado, ya consumado de manera completa y definitiva, es decir, como si fuera una realidad constatable e inmodificable, que debe ser protegida contra todo intento de vulneración o de transformación. Este es el lado «ideológico» de la ley, su pretensión de legitimar como justo e inalterable lo que ya hay. Pero, al mismo tiempo, la ley prescribe la igualdad entre todos los españoles no como un hecho ya dado sino como un *derecho*, como lo que «debe ser» la realidad, es decir, promete ese «deber» como un imperativo práctico, como un horizonte regulativo al que tiene que ir acercándose y ajustándose el «es», acortando así la distancia entre ambos. Este es el lado «utópico» de la ley, su poder para transformar y mejorar la realidad social.

Esta paradoja de la ley, de su ambivalente formulación lingüística, es la que se da también en ese complejo conjunto de leyes, instituciones y costumbres al que llamamos democracia. Por un lado, sabemos que la democracia ha sido utilizada siempre, y sigue siendo utilizada hoy, en los discursos más reaccionarios de la derecha neoliberal y la ultraderecha neofascista, con fines claramente ideológicos, como si se tratase de un ideal político ya realizado, ya consumado, y por tanto incuestionable e inalterable.

En la Grecia antigua, este uso ideológico fue el que permitió a Pericles enorgullecerse de la democracia ateniense y al mismo tiempo justificar las diferentes formas de exclusión y de dominación de los ciudadanos de pleno derecho sobre los colectivos sociales excluidos de la ciudadanía: mujeres, esclavos, metecos y bárbaros (Campillo, 2023, 135-163 y 165-194).

En las primeras revoluciones liberales de los siglos XVII y XVIII, este mismo uso ideológico permitió proclamar «la libertad, la igualdad y la fraternidad», y al mismo tiempo justificar el dominio sobre las mujeres, sobre los trabajadores expropiados y asalariados, sobre los pueblos colonizados y sobre los esclavos negros llevados de África a América. Esto es lo que Domenico Losurdo (2007) llamó la «democracia de los señores», surgida del «parto gemelar» que dio origen de manera simultánea al liberalismo y al esclavismo modernos.

Y esto es también lo que hemos visto en las últimas décadas en los países del Occidente euro-atlántico, que se autodefinen como países democráticos, más aún, como los promotores y defensores de la democracia en todo el mundo. Basta recordar los ya citados nombres de Francis Fukuyama y Samuel P. Huntington, y en particular la teoría de este último sobre el «choque de civilizaciones» (2015) y su defensa de la «identidad nacional estadounidense» amenazada por los migrantes de otros países (2004). Estos autores se han erigido en defensores de la democracia liberal estadounidense con el fin de justificar las nuevas formas de desigualdad, precariedad y pobreza generadas por las políticas neoliberales, las nuevas formas de dominación y expolio que sufren los países del Sur global, y las nuevas formas de racismo, explotación y segregación que se ejercen sobre los migrantes que intentan llegar a los países ricos y son tratados como los nuevos metecos, los nuevos bárbaros, los nuevos esclavos excluidos de la ciudadanía.

También debo mencionar aquí el caso de Israel, al que los países del Occidente euroatlántico apoyan como si fuese «la única democracia de Oriente Próximo», precisamente para ocultar y legitimar lo que es de hecho: un régimen de *apartheid* racista y genocida, que desde 1948 no ha cesado de expropiar, expulsar, humillar y exterminar al pueblo palestino, y que en estos días de octubre está llevando a cabo, a la vista de todo el mundo, con absoluta impunidad, una deliberada estrategia de genocidio en la franja de Gaza (Biosca Azcoiti, 2023).

Tenemos que cuestionar con toda firmeza este uso ideológico de la democracia, esta autocomplacencia con la que los países más poderosos de Occidente apelan a ella para justificar toda clase de exclusiones, explotaciones, dominaciones, expolios y genocidios.

Sin embargo, no podemos renunciar a la idea de democracia. Si denunciamos sus usos ideológicos no es para desecharla sino para recuperarla, para impedir que se la apropien los poderosos y sus voceros, porque su propósito no es otro que corromperla, degradarla y destruirla. Por eso, no podemos prescindir de la democracia «por venir». No podemos dejar de pensarla como el horizonte «utópico» de nuestra acción ético-política. De hecho, todos los movimientos emancipatorios que han surgido en las últimas décadas -pacifismo, feminismo, colectivos LGTB+, ecologismo, animalismo, biorregionalismo, comunalismo, decolonialismo, cosmopolitismo, republicanismo, etc.- son movimientos que pretenden renovar, recrear y radicalizar las promesas democráticas de «libertad, igualdad y fraternidad», no sólo para hacer justicia a los 8.000 millones de seres humanos que habitamos hoy en la Tierra, sino también a las generaciones que nos han precedido y a las que han de sucedernos, y no sólo al conjunto de los humanos sino también a las demás especies con las que compartimos la común morada terrestre. Hoy día, como dijo hace años Vandana Shiva (2006) y como han repetido más recientemente Bruno Latour (2019) y Luigi Ferrajoli (2023), hemos de pensar ya en una «democracia de la Tierra» que acoja no sólo a todos los seres humanos sino también a todos los otros seres vivientes.

Así que nuestra tarea es inevitablemente doble: combatir los usos ideológicos, reaccionarios y destructivos de la democracia, y al mismo tiempo promover sus usos utópicos, revolucionarios y creativos. Parafraseando la vieja fórmula de los regímenes monárquicos, tal vez deberíamos adoptar una proclama paradójica, al mismo tiempo irreverente y cargada de esperanza: «La democracia ha muerto. ¡Viva la democracia!».

#### 4. Bibliografía

- Applebaum, A. (2021). *El ocaso de la democracia: la seducción del autoritarismo*. Barcelona: Debate.
- Arendt, H. (2005). Filosofía y sociología. Con motivo de Karl Mannheim, *Ideología y utopía*. En *Ensayos de comprensión 1930-1954. Escritos no reunidos e inéditos de Hannah Arendt*, trad. de A. Serrano de Haro. Madrid: Caparrós, 45-62. (Original alemán 1930).
- Biosca Azcoiti, J. (2023). Francesca Albanese, relatora especial de la ONU: «Israel opera como una dictadura militar». *eldiario.es*, 28/10/2023. [https://www.eldiario.es/internacional/francesca-albanese-relatora-especial-onu-israel-opera-dictadura-militar\\_128\\_10636622.html](https://www.eldiario.es/internacional/francesca-albanese-relatora-especial-onu-israel-opera-dictadura-militar_128_10636622.html)
- Campillo, A. (2001). *Variaciones de la vida humana. Una teoría de la historia*. Madrid: Akal.
- Campillo, A. (2008). *El concepto de lo político en la sociedad global*. Barcelona: Herder.
- Campillo, A. (2018a). *Mundo, nosotros, yo. Ensayos cosmopolíticos*. Barcelona: Herder.
- Campillo, A. (2018b). Hacia un nuevo concepto de lo político. *Bajo Palabra. Revista de Filosofía*, Época II, nº 20, 19-38.

- Campillo, A. (2023). *Grecia y nosotros. La herencia griega en la era global*. Madrid: Abada.
- Camus, J.-Y., y Lebourg, N. (2020). *Las extremas derechas en Europa: nacionalismo, populismo y xenofobia*, Madrid, Clave Intelectual.
- Derrida, J. (2005). *Canallas. Dos ensayos sobre la razón*. Madrid: Trotta.
- Ferrajoli, L. (2023). *Por una Constitución de la Tierra. La humanidad en la encrucijada*. Madrid: Trotta.
- Forti, S (2021). *Extrema derecha 2.0: qué es y cómo combatirla*. Madrid: Siglo XXI.
- Fukuyama, F. (1992). *El fin de la historia y el último hombre*. Barcelona: Planeta.
- Hermansson, P.; Lawrence, D.; Mulhall, J.; Murdoch, S. (2021). *The international alt-right. Fascism for the 21st century?*. London: Routledge.
- Huntington, S. P. (1994). *La tercera ola. La democratización a finales del siglo XX*. Barcelona: Paidós.
- Huntington, S. P. (2004). *¿Quiénes somos? Desafíos de la identidad nacional estadounidense*. Barcelona: Paidós.
- Huntington, S. P. (2015). *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*. Barcelona: Paidós.
- Latour, B. (2019). *Dónde aterrizar. Cómo orientarse en política*. Madrid: Taurus.
- Losurdo, D. (2007). *Contrahistoria del liberalismo*. Barcelona: El Viejo Topo.
- Mannheim, K. (1987). *Ideología y utopía. Introducción a la sociología del conocimiento*. Ciudad de México: FCE. (Original alemán 1929).
- Markoff, J. (1998). *Olas de democracia: movimientos sociales y cambio político*. Madrid: Tecnos.
- Oliván, F.; Regla, A.; Delgado, L. S.; Jaziri, T. (2021). *El toro por los cuernos: Vox, la extrema derecha europea y el voto obrero*. Madrid: Tecnos.
- Papada, E., and Lindberg, S. I. (eds.) (2023). *Democracy Report 2023: Defiance in the Face of Autocratization*. Gothenburg: V-Dem Institute.
- Sen, A. (2006). *El valor de la democracia*. Barcelona: El Viejo Topo.
- Shiva, V. (2006). *Manifiesto para una democracia de la Tierra. Justicia, sostenibilidad y paz*. Barcelona: Paidós.
- Tilly, Ch. (2010). *Democracia*, prólogo de Ramón Máiz. Madrid: Akal, (Original inglés 2007).
- Verdes-Montenegro Escáñez, F. J. (2015). Securitización: agendas de investigación abiertas para el estudio de la seguridad. *Relaciones Internacionales*, 29, 111-131.
- VV.AA. (2017). *El gran retroceso. Un debate internacional sobre el reto urgente de reconducir el rumbo de la democracia*. Barcelona: Seix Barral. Estos son los autores: Santiago Alba Rico, Arjun Appadurai, Zygmunt Bauman, Donatella della Porta, Nancy Fraser, Marina Garcés, Eva Illouz, Ivan Krastev, Bruno Latour, Paul Mason, Pankaj Mishra, Robert Misik, Oliver Nachtwey, César Rendueles, Wolfgang Streeck, David Van Reybrouck, Slavoj Žižek.